

EDUARDO SENA

EL RETRATO
DEL
DOCTOR GACHET

Los personajes y hechos de este relato son ficticios.
Cualquier semejanza con la vida real queda a criterio del lector.

**"Cuando siento una necesidad de religión, salgo de noche y pinto las
estrellas"**

"Sueño con pintar y luego pinto mis sueños"

**"Los Pintores, por tomarlos solos, muertos y enterrados, hablan a la
siguiente generación o a varias generaciones más, a través de su
trabajo. ¿Eso es todo? O ¿Hay algo más por venir? Quizá la muerte no
es el asunto más grave en la vida de un pintor"**

Vincent Van Gogh

(30-03-1853—29-07-1890)

INTRODUCCION

Cuando las primeras luces del alba, que se filtraron a través de los cortinados, comenzaron a barrer la oscuridad de la noche en su habitación y pudo percibir a pesar de tener los párpados cerrados ese cambio de luminosidad, abrió los ojos.

Sabía que con la luz diurna escaparían los fantasmas que lo atormentaban noche a noche, desaparecerían las visiones y se apagarían las voces que lo torturaban.

Se irguió del rincón de la alcoba donde se había refugiado, prestamente corrió las telas que cubrían el ventanal y permitió que la claridad invadiera el recinto, aún el sol no había traspuesto el horizonte pero su proximidad ya iluminaba la tierra y a sus habitantes.

Luego de la terrible crisis que lo dominó en el mes de febrero y que duró casi hasta principios de abril, algo había mejorado, durante el día ya no lo acometían los horrores por los que había pasado en esos terroríficos meses.

Retornaban en las tinieblas de la noche, pero cuando el día se hacía presente cesaban y esto le permitía dedicarse a su tarea específica y amada, pintar.

Pintaba con desesperación, como si los pinceles y la paleta fueran las armas que lo defenderían de los enemigos que solo querían torturarlo.

Nunca le mencionó a su médico lo que ocurría durante la ausencia de Febo.

Su vida parecía transcurrir con normalidad, comía lo suficiente como para haber ganado algunos kilos que robustecieron la deprimida y macilenta anatomía con la que se presentó voluntariamente al tratamiento, un año antes, en el hospital de Saint-Rémy.

Disminuyó la ingesta de alcohol y el consumo de cigarrillos, por lo que su rostro volvió a adquirir algo de color.

Luego de la pesadilla de esos satánicos meses, en los que a duras penas pudo tomar entre sus manos un pincel, al poder hacerlo nuevamente con todo el espíritu y la fuerza, se dedicó intensamente a plasmar en la tela lo que sus ojos y su mente percibían.

En menos de dos meses casi 60 cuadros fueron realizados.

En mayo de 1890 escribió a su hermano Theo informándole que había decidido abandonar el hospital y que iría a visitarlo a su casa en Paris.

Solo permaneció con su pariente y la esposa un par de días, tremendamente desilusionado con su hermano al ver la pila de cuadros que le había enviado por años arrumbada en un rincón de una oscura habitación, únicamente le había vendido una pintura, y apenas por unas monedas.

Decidió dejarlos y trasladarse por sugerencia del propio Theo, a Auvers-sur-Oise, una ciudad cercana a la capital francesa.

Se alojó en una modesta pensión y fue a ver al amigo recomendado por aquel, el médico homeopático y siquiatra Paul Gachet, también pintor, aunque solo aficionado.

-Doctor Gachet, soy hermano de Theo Van Gogh, mi nombre es Vincent.

-Mucho gusto Vincent, su hermano me habló mucho de usted, me comentó que es un excelente pintor pero que ha tenido algunos problemas.

-Justamente por eso Theo me sugirió que venga a verlo, que quizás usted pudiese ayudarme.

-Será un placer tenerlo como paciente y además por ser el hermano de un gran amigo también me gustaría considerarlo como tal, y le comento que en mi tiempo libre trato de hacer algo con una paleta de colores, aunque disto mucho de ser un buen pintor, así que tal vez ambos podremos ayudarnos mutuamente.

-¡Ojalá!

-Quizás pueda Ud. dejar la pensión en la que se aloja y venir a mí casa, tengo unos agradables jardines y todo lo necesario para que trabaje allí.

-Le agradezco el ofrecimiento, pero no quiero perturbar a su familia, aceptaré de buen grado que me permita ejercitar mi labor durante el día en su morada, más prefiero regresar por las noches a mi habitación –respondió pensando en los fantasmas nocturnos.

-Como usted desee, entonces lo esperaré mañana y le mostraré no solo mi casa sino también un bosquecillo que me ha servido de inspiración para algunos paisajes que he tratado de volcar en el lienzo, estoy seguro que los pinos y cipreses con sus diversos tonos de verde que la primavera ha realzado podrán ser motivo de alguna de sus pinturas.

-Le estaré muy agradecido, amo especialmente los pinares.

Visitó la casa y el bosque, pintó imágenes de los jardines floridos, pidió autorización y fue aceptado el pedido para retratar a la joven hija del médico, trabajó con ahínco, la permanente compañía del galeno y su entusiasmo lo contagiaron y pintó con alegría y gran brío.

Por las tardes ambos agotados por la inmensa tarea realizada en la jornada, descansaban sentados a la mesa del cálido comedor de la familia Gachet y charlaban.

En una de esos crepúsculos en que Vincent le narraba las tribulaciones de su mente, el médico escuchándolo apoyó su codo sobre la mesa y dejó reposar la cabeza en la palma de su mano, su rostro denotaba la atención hacia lo que oía pero también reflejaba el cansancio producto de la larga jornada vivida, y tal vez algo de tristeza.

El pintor de pronto quedó en silencio, observó la postura tomada por su interlocutor y sus ojos adquirieron un brillo inusitado.

-¿Dr. Gachet me permitiría que pinte un retrato suyo? La forma en que ha apoyado su cabeza y la expresión de su rostro me ha impactado tanto que sería muy importante para mí plasmar en el lienzo todo lo que su imagen actual ha despertado en mis sentidos, se lo ruego, por favor.

El médico no pudo dejar de ver la expresión casi alucinada de Vincent, temió que estuviese a punto de entrar en otra crisis, pero decidió que negarse podía ser peor.

-Estaré encantado de posar para usted –respondió enderezándose.

-No Paul, le ruego que vuelva a la postura anterior, era una imagen absolutamente maravillosa –pidió al tiempo que tomaba el bloc y las carbonillas.

Una vez que Gachet se colocó en la pose deseada, Vincent acometió ágilmente a bosquejar lo que tenía ante la vista, sus veloces y casi frenéticos trazos rápidamente armaron el croquis de la escena, recién cuando creyó que lo dibujado era suficiente, su respiración agitada comenzó a adquirir un ritmo más normal.

Observó con detenimiento el boceto y satisfecho liberó al amigo de su posición.

-No sé si podré esperar hasta mañana para volcar en la tela todo lo que su imagen despertó de sensaciones en mi mente –comentó.

-Creo que sería lo mejor aguardar, ambos estamos cansados y un buen reposo es imprescindible –respondió el galeno un poco temeroso de que tanto frenesí pudiese desatar los fantasmas que perturbaban a su reciente amigo.

-Supongo que lo que Ud. dice es lo razonable y le haré caso, estoy convencido que aún mañana tendré frescas en mi mente las impresiones que quiero volcar en la tela, le agradezco que haya sido tan gentil –dijo levantándose de la silla y llevando bajo su brazo el bloc se despidió.

Esa noche no pudo dormir, pero no fue porque retornasen las pesadillas sino porque en su mente comenzaba a tomar forma el cuadro que iniciaría muy temprano en la mañana, se imaginó los colores con que impregnaría el lienzo, la imagen central y el fondo.

En cuanto las luces del alba se hicieron presentes, abrió totalmente la ventana de su estrecha habitación, el fresco aire de la mañana disipó las neblinas que la noche en vela opacaban en parte su entendimiento, armó el caballete y rebuscó entre los restos de telas hasta hallar uno que le pareció adecuado, lo colocó y tensó.

Mediante el uso de pintura rebajada trasladó a la tela el boceto efectuado la tarde anterior, cuando a su criterio estaba logrado, se retiró un par de pasos y observó detenidamente lo realizado, decidió que debía destacar la investidura del modelo y resolvió agregar a la escena un par de libros y un vaso a modo de florero con unas hojas de digital, planta de gran uso medicinal.

Durante dos días de ese mes de junio trabajó arduamente en el cuadro.

Gachet lo visitaba y observaba como avanzaba la pintura alentándolo continuamente.

Por fin llegó a cristalizar con sus diestras y hábiles manos en el manejo de los pinceles lo imaginado, y se mostró satisfecho de la obra, hasta el punto que decidió enviarle una carta a su hermano contándole lo realizado.

“He hecho un retrato de Monsieur Gachet con una expresión melancólica, que bien podría parecer una mueca a aquellos que lo vean... Triste pero amable, y aun así clara e inteligente, así es como muchos retratos deberían hacerse... Hay cabezas modernas que podrían mirarse durante mucho tiempo, y que se volverán a ver, quizás, con nostalgia, cien años después”

A pesar de hallarse contento con el trabajo, o quizás por ello mismo, decidió hacer una segunda versión del cuadro, sobre el mismo boceto.

En esta oportunidad obvió los libros y el vaso, dejando la planta de digital simplemente apoyada en la mesa, usó colores más claros y sin tanto contraste, pero mantuvo la expresión melancólica del primero.

Retornó los días siguientes a la casa de su amigo, volvió a retratar a la hija del doctor, en esta oportunidad ante el piano, recorrió y pintó paisajes de pinos dorados, de cipreses brillantes bajo la luz del sol, de flores multicolores y trigales de color del oro.

Pero la paz que había logrado se cortó abruptamente.

Los visitantes nocturnos y diurnos regresaron, las voces que lo increpaban y denostaban resonaban patéticamente en sus oídos, una y otra vez.

Venía su amigo Gauguin a discrepar ferozmente con sus propias ideas.

Lo visitaban los críticos de arte menospreciando el trabajo, llamando a sus pinturas inservibles mamarrachos.

Su padre regresaba de la tumba para reprocharle su estilo de vida y echándolo una y otra vez de la casa paterna.

Hasta su hermano, el querido Theo, se hacía presente recriminándolo por haber tenido que mantenerlo durante toda la vida.

Su existencia volvió a ser un incesante y aterrador horror.

No se animaba a salir de su habitación, había casi dejado de comer, retornó a la adicción alcohólica, y cuando las fuerzas se lo permitían y se atrevía a caminar por los prados, llevaba en su cinto un revolver para defenderse de los posibles atacantes.

Una tarde de julio caminando por el campo creyó que lo perseguían y ante el temor a ser acometido por las fuerzas del mal, desenfundó el arma, miró a su alrededor y no vio a nadie.

Pero él sabía perfectamente dónde se hallaban sus enemigos.

Puso la boca del arma en su pecho y disparó.

No sintió dolor, solo cansancio, retornó con paso lento a la habitación y se echó en la cama.

Dos días después en brazos de Theo, expiró. Tenía 37 años.

Su hermano fue a encontrarlo seis meses después.

Siete años más tarde, en 1897, su cuñada, la viuda de Theo, acuciada por algunas deudas, vendió la primera versión del retrato del doctor Gachet a un comerciante en 300 francos.

CAPITULO 1

Gustavo recién a los ocho años tuvo el primer contacto con el deporte que cambiaría su vida.

Una mañana que se dirigía con su padre hacia el centro de San Isidro, desde la ventanilla de la “Costera” observó el inmenso caserón que se encuentra en Av. Márquez entre Fondo de la Legua y Fleming.

-Papá –preguntó- ¿Quién vive en ese castillo tan grande?

-En realidad no es un castillo –respondió Alberto, su padre- es un club de golf.

-¿Un club de golf? ¿Y qué es el golf?

-El golf es un juego de ricos, hay que tener mucha plata para ser socio de este club y poder comprar las cosas para practicarlo.

-¡Ahh! ¿Entonces yo no puedo jugarlo? –preguntó desilusionado el chico.

-Y ... no, por lo menos por ahora no, cuando seas más grande si tenés suerte a lo mejor podés.

Ya el colectivo había dejado atrás el edificio y solo se veía el cerco que limita el campo.

En la mente del pequeño Gustavo quedaron grabadas las palabras de su padre “*a lo mejor podés*”, pero al cabo de un rato, otras cosas llamaron su atención y el golf fue olvidado momentáneamente.

Pero cada vez que pasaba por ese lugar no podía dejar de admirar el sitio.

Un año después, una mañana en la escuela, cuando sonó la campanilla del recreo, todos sus compañeritos salieron corriendo al patio, él se quedó unos instantes sentado ante el pupitre, viendo que su maestro permanecía en el escritorio, se animó a acercarse, se quedó parado, sin hablar ante la tarima en la cual se hallaba el docente, éste al percatarse de la presencia del chico levantó la vista de la carpeta que estaba examinando.

-¿Bianco, lo puedo ayudar en algo? –inquirió el maestro que en clase siempre trataba de usted a sus alumnos.

-Sí señor, le quiero preguntar una cosa.

-Muy bien, dígame.

-¿Ud. sabe qué es el golf?

-Claro ¿Qué pasa con el golf?

-Mi papá me dijo que es un juego, pero no sé cómo es.

-¿Y por qué te interesa saber cómo es?

-Porque vi el caserón grandote que hay en la Av. Márquez, que parece un castillo, y mi papá me dijo que era un club de golf, y me gustó tanto ese lugar que quiero aprender a jugar.

-Bueno, bueno, nuestro joven Bianco quiere convertirse en una estrella del golf –dijo el maestro riendo- pero no es tan sencillo, primero aprender a jugar no es nada fácil, hay que

tomar clases con un profesor, los que se dedican a enseñar ese deporte cobran bastante cara la hora, además hace falta tener una bolsa de palos y las pelotitas, es necesario invertir bastante para empezar.

-¡Entonces tiene razón mi papá! Es un juego para gente que tiene mucha plata.

-La verdad que es bastante así, es un juego caro, ser socio de un club de golf no es barato, y muchísimo menos el que a Ud. le gustó, probablemente ese sea el más caro de la Argentina, aunque hay otros bastante más económicos, pero en todos para jugar hay que pagar aparte el “Green Fee”, que es como la entrada a la cancha. Y que tampoco es un regalo.

-¡Uhhh! Entonces nunca voy a poder jugar –respondió el chico muy compungido.

-Mire Bianco, nunca diga nunca, uno no sabe las vueltas de la vida, quizás cuando crezca y comience a trabajar ...

-¿Ud. sabe jugar? –le preguntó el alumno.

-Mire Bianco, saberlo jugar es algo que uno nunca puede decir, siempre hay algo para aprender, algo para mejorar, pero es un deporte excelente, de vez en cuando si me da el tiempo salgo a la cancha a hacer unos tiritos.

-¿Pero cómo se juega? ¿Qué es lo que hay que hacer? –preguntó con ansias.

-Es un juego que para los que no lo practican puede parecer insulso, consiste en pegarle a una pelotita una serie de golpes con diferentes palos para embocarla en varios hoyos consecutivos. Dicho así pareciera algo aburrido pero le aseguro que no lo es.

-¿Por qué hay que pegarle con diferentes palos? –se notaba la curiosidad en el chico.

-Eso depende de la distancia en que el jugador se encuentra del hoyo, hay palos para tiros largos, para distancias más cortas y por fin un palo para embocar en el Green.

-Además de que existen diversas distancias en cada hoyo –continuó- lo que hace que se pueda llegar desde el lugar de salida que se llama Tee en uno, dos, tres o cuatro golpes dependiendo de la habilidad del jugador, hay también zonas denominadas trampas.

-¿Cómo trampas? ¿Trampas para animales? –preguntó intrigado.

-No, no son trampas de verdad, se les llama trampas, a los “Bunkers” que son pozos llenos de arena, a zonas con agua que se las denomina Hazard, o al “Raf” que consiste en el pasto alto donde la pelotita queda metida y hace difícil pegarle bien, en fin le aseguro que jugar golf no es fácil y ...

Lo interrumpió el timbre que indicaba el fin del recreo y los demás chicos que entraron al aula.

Gustavo retrocedió hasta su banco y se sentó, la emoción se reflejaba en su rostro.

La clase continuó y otras tareas ocuparon su mente.

Al finalizar el horario escolar, puso la mochila en su espalda y se dirigió a la casa donde vivía con sus padres y su hermanito menor, a escasas dos cuadras del colegio.

La morada se hallaba en la esquina de Eduardo Wilde y Batalla la Florida, y la escuela “Marcelino Ugarte” en Gorriti y Deán Funes, ambas en la localidad de Boulogne.

La vivienda de construcción sencilla, había sido erigida por su propio padre que era albañil, su mamá Irene, lavaba y planchaba ropa para ayudar con sus magros ingresos al gasto mensual.

Luego del almuerzo, como era habitual, se dedicaba a hacer las tareas escolares, una vez finalizadas las mismas, podía ver algo de televisión o ir a lo de su amigo Pascual que vivía a tres casas de distancia.

Regresaba puntualmente a las cinco y media para tomar la leche y después colaboraba con su madre, ayudaba a doblar y embolsar las prendas que serían retiradas al día siguiente.

Cuando llegaba su papá del trabajo la madre comenzaba a preparar la cena, Gustavo tendía la mesa y luego de comer se retiraba a la habitación que compartía con su hermano menor Luisito, al que le llevaba cuatro años.

Durante un rato intentaba leer el libro que tenía como tarea escolar, leía bien y de corrido pero le resultaba tediosa la lectura de ese texto, a él le gustaban los libros de aventuras y de suspenso, aunque a veces no entendía algunas cosas o palabras y tenía que recurrir a la enciclopedia que su mamá había comprado en cuotas hacía dos años.

Faltaba poco para que finalizaran las clases, terminaba el cuarto grado y estaba seguro que pasaría a quinto, pero de cualquier manera tenían esa semana las pruebas finales de lengua y matemáticas, quería sacarse buenas notas y se preparaba para ello.

Sus padres no estaban en condiciones de ayudarlo mucho ya que a duras penas habían cursado el primario y luego tuvieron que dedicarse a trabajar arduamente, venían ambos de familias muy pobres.

Su abuelo Luis, era un inmigrante casi sin ningún tipo de estudio que lo único que sabía hacer era trabajar afanosamente en el ferrocarril para alimentar a su mujer y a sus cinco vástagos, por ello en cuanto su hijo mayor Alberto estuvo en condiciones de aportar algún peso a los reducidos ingresos familiares, tuvo que emplearse primero como ayudante de limpieza y luego como peón de albañil, afortunadamente aprendió rápidamente el oficio y pasó las etapas rutinarias, durante dos años trabajó como “media cuchara” hasta que lo ascendieron a oficial y en poco tiempo más ya era oficial especializado.

En la familia de su mamá las cosas no eran diferentes, cuando Irene terminó su escuela primaria, debió ocuparse de sus hermanitos, su madre la abuela Teresa, era modista y afortunadamente tenía bastante clientela, además en esa época no se estilaba que las chicas, salvo excepciones siguieran alguna carrera.

Sabía que su mamá se sentía orgullosa cuando traía buenas notas y no quería defraudarla. También sabía que el sueño de sus padres era que él y su hermano pudieran seguir los estudios y ser profesionales.

Tener la chapa en la puerta era el anhelo de los viejos.

CAPITULO 2

Ya habían pasado las pruebas y era el penúltimo día de clases.

El maestro comenzó a repartir entre los alumnos las hojas en las que los chicos habían hecho sus exámenes, ya corregidos.

Las calificaciones podían fluctuar desde el terrible NS “No satisfactorio” hasta el AS “Altamente satisfactorio” que era la nota más alta.

Luego de entregar 5 ejercicios, el docente levantó un par de hojas de la carpeta donde llevaba los exámenes y llamó: Bianco, Gustavo.

El nombrado se levantó de su pupitre y se dirigió a retirar sus pruebas, estaba casi seguro de haber hecho bien el examen pero aun así un cierto temor lo embargaba, cuando tendió su mano hacia el maestro, se tranquilizó, la sonrisa con que el educador lo recibió y le hizo entrega de las hojas fue un claro indicio de que todo había andado bien.

-Gracias señor –dijo y volvió a su asiento sin atreverse a mirar la calificación.

Recién después de sentarse dirigió la vista hacia la parte superior de la página.

Lo que vio lo hizo ruborizarse de gozo, en grandes letras de color azul pudo leer “AS” en ambas pruebas “Mamá se va a poner contenta” pensó con alegría.

Cuando finalizó la jornada tomó su mochila para retirarse junto a sus compañeros, al pasar frente a su maestro, éste lo llama.

-Bianco, quédese un momento, quiero hablar con Ud.

Sorprendido Gustavo respondió.

-Si señor –se quedó de pie frente al pizarrón hasta que el último de los alumnos dejó el aula.

-Estoy muy contento por su aplicación –comenzó a decirle el docente- me va a dar pena no tenerlo como alumno el próximo año, yo seguiré siendo maestro de cuarto y Ud. se va a quinto, pero estoy seguro que se va a esmerar tanto como lo hizo este año, y seguirá estudiando para terminar entre los primeros al igual que ahora.

-Muchas gracias señor –respondió con las mejillas ardiendo.

-Y otra cosa, tengo un obsequio para Ud. –rebuscó en su portafolio y extrajo un pequeño envoltorio- estoy convencido que le va a gustar –y se lo entregó.

El jovencito miró extrañado el paquete y no atinó a nada, no sabía qué hacer.

-¿Acaso no piensa abrirlo? –le preguntó el maestro sonriente.

-Sí ... claro –contestó y comenzó a abrir el regalo.

Cuando liberó de su envoltorio lo recibido se dio cuenta que era un libro.

“HISTORIA DEL GOLF” Reglas de juego y de ética.

Se quedó mirando el título durante unos momentos sin entender, luego recordó lo que habían hablado en aquella oportunidad y se le llenaron los ojos de lágrimas.

El maestro lo miraba con cariño y una franca sonrisa se le dibujaba en la cara.

-Gracias, gracias señor.

-Vos te lo merecés –le dijo tuteándolo por primera vez- espero que te guste leerlo y más me gustaría que algún día lo puedas jugar.

-Estoy re-entusiasmado por leerlo y después que Ud. me contó cómo se juega no veo la hora de ser grande y tener plata para poder ir a una cancha.

-Bueno mi pequeño amigo, de una cosa por vez, pero por ahora seguí disfrutando de esta edad en que lo más importante es jugar y aprender, ahora te podés ir, mañana será el último día de clases y después las vacaciones, hasta mañana.

-Hasta mañana señor y muchas gracias de vuelta.

Cuando llegó a su casa le mostró orgulloso a su mamá las notas de las pruebas y el libro, le contó de la conversación que habían tenido con su maestro y cómo le explicó sobre el juego de golf, como se hacía y el entusiasmo que eso le había despertado.

Esa noche se quedó hasta muy tarde leyendo el valioso libro.

Pudo conocer las distintas versiones del origen del juego, algunos autores mencionaban a un deporte similar practicado por los chinos, otros abogaban por un juego desarrollado en Holanda ya que existen registros de que alrededor del siglo XIII se ejecutaba un entretenimiento con un palo y una pelotita de cuero, se argumenta también que el nombre golf es un derivado de la palabra “kolf” que en neerlandés significa palo, pero el juego moderno tal como se practica actualmente es un invento escocés, en esa nación se crearon los primeros campos y se compiló el reglamento que con pocas modificaciones es el que hoy se utiliza.

El libro tenía varias ilustraciones que mostraban a los golfistas del siglo XV, los campos de aquellas épocas y fotografías ya de tiempos más actuales.

En su ensoñación el chico imaginó ser uno de los protagonistas de aquella aventura, vestido con los ropajes cortesanos, en medio de polvorientos y rocosos campos rodeados de montañas, en seguimiento de una pequeña pelotita impulsada muy lejos con los golpes de los jugadores, en su fantasía, él era uno de los más diestros y su tiro aventajaba largamente al de los demás.

Nunca se había sentido más dichoso que en esos momentos.

Abrazado al pequeño libro por fin se quedó dormido.

CAPITULO 3

A los 13 años comenzó a estudiar en el Colegio Nacional de San Isidro de la calle Acassuso 165.

Todas las mañanas abordaba en Áder y Márquez un ómnibus de la “Costera” que lo acercaba a San Isidro, después caminaba las escasas cinco cuadras hasta llegar a la casa de estudios.

Pero su placer diario era la imagen de la casona, sede del Jockey Club, si había asientos disponibles buscaba alguno de los ubicados en la derecha del vehículo, si viajaba de pie, cosa que ocurría la mayoría de la veces, siempre lo hacía sobre ese lado del ómnibus.

Una mañana del mes de agosto, se encontraba muy próximo a las puertas de descenso traseras, el transporte se detuvo ante las verjas de entrada del club para permitir bajar a dos hombres, casi sin pensarlo se lanzó hasta los escalones y se apeó del micro.

Se quedó unos minutos parado ante los grandes portones sin atreverse a acceder, por fin traspuso las imponentes rejas y se dirigió resueltamente hacia la entrada principal de la hermosa casona.

Atravesó el amplio pórtico blanco e ingresó a unas espectaculares salas, donde le impactó el tamaño y el lujo de las mismas, jamás en su corta vida había imaginado un lugar como el que se mostraba a su vista.

“Si desde afuera esto parece un palacio, desde adentro lo es más” Pensó.

Estaba maravillado pero también asustado.

“Si alguien me pregunta que estoy haciendo aquí ¿Qué le voy a responder?”

A través de los ventanales traseros vio a un grupito de tres o cuatro chicos, algo mayores que él, que charlaban entre ellos.

Más por miedo a que alguien lo sorprenda que por otra razón, salió por una puerta que daba a una especie de patio donde se hallaban los muchachos.

Al verlo los jóvenes interrumpieron sus diálogos y lo miraron sorprendidos.

El que parecía ser el mayor se le aproximó.

-¿Qué estás haciendo acá? –más que preguntar lo increpó.

-Nada, nada, solo curioseaba –respondió temeroso.

-¡Solo curioseaba! –lo parodió el muchachón- ¿Te crees que somos giles?

-No, yo solo ...

-¡No te quieras pasar de vivo! –lo interrumpió- los puestos de cady ya están todos ocupados, no hay lugar para nadie más, ¡Entendiste!

-Pero no es así para nada, yo únicamente quería conocer el lugar –respondió con temor.

-¡Ah sí! ¿Y cómo entraste? ¿Quién te dijo que vengas acá donde estamos nosotros?
-Nadie me dijo nada, entré porque siempre me gustó este sitio y no me crucé con ninguna persona, solo que los vi por la ventana y antes que alguien me viera y me eche, salí.
-No te creo ni mierda, ¡Viniste para hinchar las pelotas!
-No, de verdad, yo iba para el colegio y de pronto se me ocurrió entrar para ver cómo es todo esto, pero no quiero joderlos para nada, ahora mismo me voy.
-Es lo mejor que podés hacer, y no se te ocurra volver, si te vemos otra vez por acá te cagamos a palos.
-Está bien, pero decime ¿Cómo salgo a la calle sin tener que entrar a la casa?
-Da la vuelta por allá –señaló hacia una esquina- rodeas el edificio y salís al estacionamiento.
-Gracias y chau.
Ninguno le respondió.

Ya en la calle recordó con entusiasmo lo poco que pudo conocer, pero que para nada desentonaba con todas sus fantasías relacionadas a ese lugar, por el contrario las superaba ampliamente.

Sabía que a pesar de las amenazas recibidas, iba a volver.

Si antes, conociendo solamente el exterior del edificio, sentía una atracción especial hacia él, ahora que había podido, aunque apenas, vislumbrar algo de su interior, tuvo la seguridad que su vida se desarrollaría muy ligada a ese recinto.

No sabía cuándo ni cómo, pero él recorrería esos espacios sin duda alguna.

Volvió de sus ensoñaciones al presente, se había rateado y no decidía que hacer.

Ir al colegio ya era imposible, vagar hasta la hora en que terminaba su turno no lo atraía, decidió volver a su casa, era mejor decir una pequeña mentira, que se había descompuesto y que tuvo un fuerte dolor de panza por lo que resolvió no entrar al cole.

Cruzó la avenida y se dispuso a esperar la llegada del ómnibus.

Pasaron más de veinte minutos y el transporte no aparecía.

Por fin ve que a unos cientos de metros se acerca un micro de la “Costera”, le hace señas, consternado se da cuenta que estaba repleto y ni paró a recogerlo.

En ese momento mira la hora en el relojito que su madre le había comprado.

Las agujas indicaban las 10:30, se dio cuenta que su mentira no tendría consistencia, si no entró al colegio por sentirse mal y eso lo obligaba a volver a su domicilio, ya debería estar en él, cómo podría explicarle a su mamá semejante retraso, las demoras del colectivo no eran suficientes, no sabía qué hacer.

No le gustaba para nada engañar a sus padres, pero ya no tenía solución, debería esperar que se hiciera la hora normal de retorno y volver a su casa como si hubiera asistido a clases.

No podía permanecer parado en ese lugar tanto tiempo, esa zona era de gente de muy buen poder económico y por ello, desconfiados, si veían a alguien que se quedara en un sitio más tiempo del normal, llamaría la atención, y eso es lo último que él quería.

Comenzó a caminar hacia San Isidro, no le parecía prudente acercarse para el lado de su casa, algún conocido lo podría ver y decirle a sus padres.

Una vez que llegó al comienzo del hipódromo, cruzó y transitó por la vereda de la pista de carreras, cruzándose con personas que trotaban o caminaban como ejercicio matinal.

Cuando llegó a la parada de la “Costera” en Márquez y Centenario, todavía era temprano, se metió en el “Mac” que está a la vuelta y se sentó a tomar una gaseosa para hacer tiempo.

Por fin se hizo la hora acostumbrada, se puso en la cola y cuando el micro paró ante ellos, ascendió.

Había asientos vacíos y tal como era su costumbre se sentó del lado que daba al Jockey Club.

El vehículo recorrió en sentido inverso el trayecto que él había caminado, al llegar frente al Club se detuvo para que descendieran y ascendieran pasajeros.

Como hacía siempre sus ojos se posaron en la casa y sus adyacencias, de pronto observa que un par de muchachos salen del lugar, uno de ellos era el que lo enfrentó y amenazó, lo acompañaba uno de los chicos que vio en el patio.

Algo de rabia se le despertó hacia el pequeño matón.

“Aunque no te guste voy a volver”

Ya el rodado abandonaba el sitio, dejó de mirar hacia el costado y dirigió su vista al frente, para su sorpresa observa que de pie en el pasillo, se encontraba otro de los pibes del grupo.

Permaneció en el asiento sin saber qué hacer, el chico distraídamente dirigió la vista hacia el fondo del vehículo y sus miradas se cruzaron.

Vio en el rostro del muchacho un gesto de sorpresa y al mismo tiempo le pareció que se reflejaba algo de temor, esto lo envalentonó.

Se levantó de la butaca y se dirigió resueltamente hacia él.

El pibe miró para todos lados como buscando escapar pero no había donde esconderse.

Cuando estuvo a su lado y antes de poder decir nada el chico le habló.

-Disculpá por lo que pasó esta mañana, pero José María es bastante bravo y no quiere que vengan pibes nuevos a sacarnos el trabajo, a mí no me importaría pero a él le jode, y si no le hacemos caso nos caga a palos –dijo- vos lo viste es grandote ...

-Está bien, capaz que vos no tenés ninguna culpa, pero él me maltrató gratuitamente, es un hijo de puta, en serio yo estaba curioseando, ni se me había ocurrido eso de ser cady.

-Bueno ... pero al verte ahí todos pensamos que venías para eso.

-No, yo a la mañana voy al colegio así que no puedo ir al club, hoy me “ratié”, pero solo para ver cómo era por dentro.

-Entonces no tenés problema, a la tarde nosotros no vamos, así que podrías ir.

-Pero ya te dije nunca se me ocurrió hacer de cady, solo que me gustaría poder aprender a jugar.

-Y bueno, acompañando a los tipos algo se aprende, y además te ganás unos mangos.

-¿En serio se gana guita con eso y podés aprender?

-Y sí, depende del jugador, hay una tarifa que el tipo paga para que le lleves la bolsa, pero algunos si le caíste bien te dejan además propina, y a veces son unos cuantos pesos, y si uno presta atención vas empezando a ver cómo hay que pegarle a la pelota, que palos hay que usar, algo se aprende.

-¿Y por qué no van también a la tarde?

-Bueno, yo no puedo porque tengo que ayudar a mi viejo, además según dice José María, a la tarde van casi todas minas, y son requeté tacañas, no te regalan ni un sope.

El pibe miró por la ventanilla, ya estaban llegando al comienzo del puente de hierro que pasaba por encima de las vías en la estación de trenes.

-Yo me bajo acá, tengo que tomar el tren hasta Los Polvorines, y te pido perdón por lo de hoy, pero nosotros no tenemos la culpa.

-Está bien, no te hagas problema, la bronca no es con vos.

-Bueno, chau.

El muchacho se acercó hasta la puerta de descenso, allí bajaban muchos pasajeros, cuando le tocó el turno saltó los escalones, salió a la calle y se perdió de vista entre la gente que se dirigía a la estación Boulogne.

Gustavo también se fue acercando a la puerta de salida, una vez que el colectivo atravesara el puente ya debía bajar, la próxima parada era la Av. Ader.

Se sentía avergonzado por tener que mentirle a su madre, pero no podía decirle que por un arrebato había entrado al club de golf y por eso no concurrió al colegio, ella no lo iba a entender.

Por fin entró a la casa.

-Hola mamá –dijo al ingresar a la cocina donde su madre se encontraba preparando la comida.

-¿Cómo te fue hoy en el colegio?

La pregunta de todos los días lo hizo temblar.

-Bien mami lo de siempre –respondió tímidamente.

Su madre lo miró un instante, luego se dio vuelta para remover el estofado.

-Andá a lavarte las manos y ayudame con la mesa, ya debe estar llegando tu hermano de la escuela y en cuanto venga comemos.

-Sí ma –se retiró aliviado.

Después de almorzar una vez levantados los platos y el resto de la vajilla, ambos muchachos se dedicaron a las tareas escolares, su hermano Luis a las del colegio primario, él por su parte debía estudiar matemáticas, suponía que esa semana el profesor lo iba a llamar.

Desplegó sobre la mesa la carpeta y el libro, tenía buena memoria pero retenía mejor haciendo apuntes, comenzó a leer y a escribir en unas hojas sueltas, muy pronto se dio cuenta que no podía concentrarse, no le gustaba demasiado la materia pero otra cosa daba vueltas en su mente.

“¿En serio se gana guita con eso y podés aprender?”

Ya su imaginación lo llevaba a transitar la cancha, imaginar los “fairways” como los que había visto en fotos de varios campos.

La bola rodando en el “Green”

Por momentos en la ensoñación el acompañaba al jugador, en otros el jugador era él mismo.

Recordaba lo que había aprendido leyendo y releendo el preciado librito que le obsequiara su maestro, el placer de hacer un “birdie”, la desazón de cometer un “bogey”, la tranquilidad de lograr un “par”

“¿Y por qué no?”

“Si siempre soñé con transitar una cancha, y siempre pensé que difícil iba a resultarme al no saber jugarlo y no tener dinero para hacerlo”

“Quizás ahora podría aprender mirando y además juntar plata para más adelante poder comprar algunos palos, o hasta pagarle a un profesor”

“¿Pero cómo voy a lograr que mis viejos me dejen hacerlo?”

“¿Y si me preguntan de dónde saqué la idea?”

“Mejor dejo pasar algunos días, mi vieja algo sospechó hoy”

“Puedo decir que un compañero de colegio lo hace y me contó”

“Puedo decir que es para no tener que pedirles plata para mis gastos”

“Puedo decir que me gusta tanto el golf que estar en una cancha sería hermoso”

CAPITULO 4

Había pasado una semana de su aventura y hasta ese momento no se había atrevido ni supo cómo iniciar el tema.

Esa noche durante la cena, tomó coraje y comentó como al descuido.

-Papá ¿Te acordás cuando una mañana que íbamos a San Isidro, yo te pregunté de quién era esa casona que está en la Av. Márquez, y vos me dijiste que era un club de golf?

-¿Yo te dije eso? –respondió el padre, que ni siquiera lo recordaba.

-Sí Pa, y me dijiste además que el golf era un juego de ricos, yo tenía 8 años.

-Y vos querés que yo me acuerde de una conversación de hace cinco años, si a veces no me acuerdo de lo que hice ayer –dijo riendo.

Para Gustavo era tan vívida esa charla que no podía creer que su viejo la hubiera olvidado.

-Dale Pa, ¡Me estas cachando!

-No, en serio, no me acuerdo.

-Bueno, no importa –dijo defraudado y se llevó a la boca una cucharada de sopa dando por terminado el tema.

Por un instante don Alberto miró a su hijo y al ver el rostro de desencanto lo instó a proseguir.

-Bueno Gus, pero aunque no me acuerde, ¿Qué pasa con esa casona?

Gustavo dejó la cuchara sobre el plato humeante y alentado por la pregunta reinició la conversación.

-Nada, que un compañero de mi curso va allí casi todas las tardes a trabajar de cady.

-¿Trabajar de cady? ¿Y qué es trabajar de cady? –preguntó la madre.

-Es algo muy divertido y además podés ganar unos pesos, la gente que va a jugar necesita un cady para que le lleve la bolsa de palos y les paga por eso.

-¿Y qué tiene de divertido arrastrar una bolsa de palos por toda la cancha? –intervino su hermano Luis.

-Lo divertido es que mirando a los tipos uno puede aprender a jugar y a veces te dan propina y hasta te regalan pelotitas. Y a mí me encantaría aprender. Y pasear por un campo de golf. Y también ganarme unos pesos para no tener que pedirles a ustedes.

-¿Vos estás diciendo que querés ir a trabajar de cady? –le preguntó la madre con gesto fruncido.

-Y ... sí mamá –respondió Gustavo un poco amedrentado.

-De ninguna manera, no estamos tan necesitados para que mi hijo tenga que ir a los 13 años a trabajar y abandonar el colegio.

-Pero no Ma, el compañero que va y me contó, sigue estudiando, él lo hace a la tarde y a la mañana sigue yendo al cole.

-Sí claro ¿Y cuándo estudia si se pasa toda la tarde ahí metido? –se notaba un principio de enojo en las palabras de su madre.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

